

---

## SEGUNDA PARTE.

### MÉRITOS, GRANDEZAS Y GLORIAS DE LA MUJER CATÓLICA.

---

#### PRIMERA ÉPOCA.

##### ÉPOCA DE JESUCRISTO Y DE LOS APÓSTOLES.—COOPERACION DE LA MUJER EN LA FUNDACION DE LA IGLESIA.

§ I.—Las santas mujeres del Antiguo Testamento pertenecen á la Iglesia.—El Salvador del mundo fué alimentado por las mujeres.—Brillantes homenajes que ellas le tributaron.—Fe y devocion son los caractéres propios de la mujer católica.

JESUCRISTO, segun San Pablo, es la piedra angular de la Iglesia, uno de cuyos ángulos toca á los patriarcas y á los profetas, y el otro á los apóstoles; y sobre este doble fundamento se eleva la Iglesia, el grande y maravilloso edificio que Dios ha establecido entre los hombres: *Superædificati super fundamentum apostolorum et prophetarum, ipso summo angulari lapide Christo Jesu.* (Ephes., II.) El Antiguo Testamento no fué sólo la figura y la preparacion, sino tambien el principio y las primicias del Nuevo. Desde el principio del mundo no ha habido más que una sola Iglesia verdadera, cuyo centro ha sido Jesucristo. Colocado en medio de los tiempos, el Hijo de Dios hecho Hombre es, prosigue San Pablo, de todos os tiempos, y reúne en Sí el mundo antiguo y el nuevo: *Christus heri et hodie; ipse et in sæcula.* (Hebr., XIII.) El primer cristiano fué Adán y la primera cristiana fué Eva. Los antiguos justos, dice San Leon, fueron santos por su fe, por su esperanza y por su amor al Redentor que debia venir; así como los nuevos justos lo son por su fe, por

su esperanza y por su amor al Redentor que vino ya. Así, pues, los justos de uno y otro sexo del Antiguo Testamento vivieron en la verdadera Iglesia, pertenecieron á la verdadera Iglesia, y la Iglesia los reivindicó como sus hijos y su gloria.

No tenemos ahora el tiempo necesario para hablar aquí de las ilustres mujeres del Antiguo Testamento, que entre los hebreos hicieron tanto por el culto de Dios; porque es indudable que Sara, Rebeca, María, Séfora, Débora, Abigail, Judith y la madre de los Macabeos, por sus costumbres, por su sabiduría, por su fortaleza, por su celo y por su fe, esparcieron un gran resplandor sobre la historia del pueblo de Dios; y muchas y muchas veces contribuyeron las mujeres cuasi tanto como los patriarcas y los profetas á afirmar aquel pueblo en la verdadera religion. Dejemos, pues, estas grandes mujeres de la antigua Iglesia, para hablar de las mujeres de la Iglesia nueva, y ver lo que ha sido y lo que será siempre, lo que ha hecho y lo que puede hacer todavía la mujer formada por el Evangelio, la mujer penetrada del espíritu y fiel á las doctrinas del Evangelio; en una palabra, *la mujer católica*. Permitásenos hacer aquí dos observaciones.

En primer lugar, habiéndose hecho Hombre el Hijo de Dios para salvar al hombre, tuvo necesidad de alimentarse como cualquier otro hombre; esto lo hizo para probarnos que, además de ser verdadero Dios, era también verdadero Hombre. Así, pues, habiendo tomado el Hijo de Dios la forma de siervo, dice San Agustín, quiso ser alimentado por sus propios siervos, no tanto por la condición de su nueva naturaleza, cuanto por un exceso de su bondad (1). Y bien, ¿dónde fué á buscar el Salvador esos siervos, por los que se dignó ser alimentado? Entre las mujeres, como nos lo atestigua el Evangelio. San Lucas nos dice: «Los doce apóstoles estaban con Él, y varias mujeres á quienes había curado de sus enfermedades y de los malos espíritus; María, llamada Magdalena..... y Susana, y otras muchas que le alimentaban con sus bienes: *Et alie multæ, quæ ministrabant ei de facultatibus suis.*» (Lucas, VIII.) San Mateo dice igualmente: «Había también junto á la cruz muchas mujeres de Galilea que habían seguido á Jesús para servirle:

(1) «Accepta forma servi, in illa forma à servis pasci voluit, dignatione, non conditione.»

*Mulieres multæ, quæ secute erant Jesum à Galilea, ministrantes ei.*» (Matth., XXVII.) Es, pues, evidente, que estas mujeres, reuniendo todo aquello de que podían disponer, habían formado un fondo ó un depósito, con el que proveían lo necesario para el alimento del divino Maestro y de sus Apóstoles. Es también evidente que aquellas nobles almas no se contentaban con poner todo su dinero á disposición del Señor y de sus discípulos, sino que le seguían por todas partes, y aún de una provincia á otra, para cuidar de que nada le faltase y para servirle ellas mismas: *Ministrantes ei.*

¡Dichosas criaturas, que tuvieron el honor y la ventura de alimentar con sus bienes y de asistir con sus cuidados respetuosos y afectuosos á su Criador! Es verdad que, como observa San Agustín, siendo sus bienes un dón de la liberalidad del mismo Dios, alimentaban al Hijo de Dios con los bienes que el mismo Hijo de Dios les había dado, y que, al consentir ser acogido por la mujer y alimentado por la mujer con un manjar corporal, recompensaba esta generosidad de la mujer alimentando su espíritu con el manjar espiritual de su palabra (1). Pero no deja de ser cierto que los hombres no hicieron otro tanto; que los hombres, por medio de Júdas, no hicieron otra cosa que robar y apropiarse (*fur erat et latro*) aquel sagrado depósito, suministrado por la piedad de las mujeres, y que no consta que dieron nada al Señor mientras vivió. Sólo después de su muerte fué cuando los hombres le suministraron cien libras de aromas, un sudario y un sepulcro. Así, pues, la Iglesia, en la persona de Jesucristo y de los Apóstoles, sólo fué alimentada en su origen y en su nacimiento, sólo fué cuidada y servida por la mujer. ¡Mujer! Ahora comprendo por que la Iglesia te ama con una ternura especial, y recomienda particularmente á la Santísima Virgen el devoto sexo femenino; *Intercede pro devoto femineo sexu.* ¡Tú alimentaste á su celestial Esposo!

En segundo lugar, y ésta es la segunda observación que tenemos que hacer sobre el carácter de las mujeres en general, habiendo curado un día el Salvador del mundo á un desventurado sordomudo poseído por el demonio (Matth., XII; Luc., XI), el pueblo, admirado y subyugado por la magnificencia del prodigio, pensó al

(1) «Suscepit spiritu pascenda in carne pascendum. Ipse pascenti præbuit quo pasci voluit.»

momento en el Mesías, que ocupaba entonces todos los espíritus, y con su buen natural adivinó la verdad, diciendo: «¿Cómo el que obra estas maravillas no ha de ser el Mesías que nos está prometido bajo el nombre del hijo de David? *Stupebant omnes turbæ, et dicebant: Numquid hic est filius David?*» (Matth.) Viendo los fariseos que las turbas se decidían de una manera tan marcada en favor del Nazareno, á quien ellos destestaban, bramaban de furor, y procuraban engañar al pueblo y aún excitarle contra el mismo Señor, diciendo á todos: «No os fieis de ese Hombre ni lo creais; poseído Él mismo por el demonio, arroja los demonios en virtud de Belzebú, príncipe de los demonios: *Farisei autem audientes, dixerunt: Hic non ejecit dæmonia nisi in Belzebub, principe dæmoniorum.*» (Ibid.) Estas palabras, verdaderamente satánicas, parece que produjeron su efecto. En vano el Salvador las refutó victoriosamente con cuatro magníficos argumentos, en los que reveló al mundo el horrible misterio de la acción del demonio sobre las almas; nadie osó declararse en su favor ni tomar su defensa. Los Apóstoles mismos, cuyo testimonio había invocado: *Filii vestri, in quo ejiciunt?* (Luc.), no se atrevieron á responder. Sola una mujer, llamada Marcela, que vivía con Marta, fué la que, en un santo arrebató de fe, de religion, de admiración y de amor, alzando la voz para hacerse oír de la inmensa turba que rodeaba al Señor, tuvo el valor suficiente para arrostrar el furor de los enemigos de Jesucristo y protestar enérgicamente contra las palabras sacrílegas que habían pronunciado contra el Hijo de Dios, y dirigió al Hijo de Dios estas deliciosas palabras, que sólo podían salir del corazón de una mujer: «Bienaventurado mil veces el vientre que te llevó y los pechos que te dieron leche: *Extollens vocem quædam mulier de turba, dixit illi: Beatus venter qui te portavit, et ubera que suxisti.*» (Luc.)

¡Oh bellas y magníficas palabras! exclama el venerable Beda. Ellas son al mismo tiempo un perfecto acto de fe y un acto sublime de religion. Ellas son el conocimiento exacto, la convicción íntima y la confesión sincera de la verdad del gran misterio de la Encarnación. Porque decir bienaventurado ó digno de veneración y de un culto particular el seno virginal de María, es decir que el Hijo de María es al mismo tiempo Dios; es decir que este Dios fué llevado en el seno augustó de María; es decir que también es verdaderamente Hombre. ¡Oh mujer admirable! Con estas palabras

refutó y confundió al mismo tiempo las calumnias atroces de los escribas y fariseos, que estaban presentes y que negaban á Cristo la divinidad, y las blasfemias de los herejes futuros, que habían de negar su humanidad (1).

Así, pues, en estas circunstancias tan solemnes, mientras los hombres callan, sólo se encuentra una mujer que tenga el valor de confesar públicamente al Señor. Los hombres le acusan, y la mujer le defiende; los hombres blasfeman de Él, y la mujer le bendice; los hombres le insultan, y la mujer le adora; los hombres quieren hacerle pasar por un ministro de Satanás, y la mujer le proclama Hijo de Dios, y se hace su primer confesor, su primer apóstol y su primer evangelista.

Por consiguiente, el Señor, no sólo fué alimentado, servido y cuidado por la mujer durante su vida mortal, sino que de boca de la mujer recibió también el primer testimonio público y solemne de su divinidad.

Pues bien, como se convencerá cualquiera que lea la obra á que ésta sirve de apéndice, todas las demás mujeres del Evangelio participaron de la misma espontaneidad, de la misma docilidad, de la misma fortaleza y del mismo entusiasmo de fe en la confesión del Señor.

En efecto, los hombres, con muy raras excepciones, como Jesucristo les echaba en cara, no tenían más que una fe débil y enferma, que necesitaban ver los prodigios para creer en Él: *Nisi signa et prodigia videritis, non creditis* (Joan., IV); y aún en presencia de los prodigios no creyeron todos, no creyeron bien, no creyeron siempre. Los hombres manifestaron una fe débil, vacilante y tímida; de modo que muchas veces no se atrevían á ir á ver al Salvador sino de noche (Joan., III); ellos ocultaban cuidadosamente en público su cualidad de discípulos (Joan., VII); y en el tiempo de la Pasión tuvieron miedo, tuvieron vergüenza y le abandonaron.

(1) «Magnæ devotionis et fidei hæc mulier ostenditur, quæ, scribis et fariseis Dominum tentantibus simul et blasphemantibus, tanta ejus Incarnationem præ omnibus sinceritate cognoscit, tanta fiducia confitetur, ut et presentium procerum calumniam, et futurorum confundat hæreticorum perfidiam. Nam sicut judæi verum consubstantiallemque Patri Dei Filium negabant, sic hæretici postea verum consubstantiallemque Matri Filium hominis fateri non debere dixerunt.» (In XI, Luc.)

(Matth., xxvi.) Los hombres, en fin, aún sus discípulos y sus apóstoles, antes de la venida del Espíritu Santo, sólo tuvieron una fe razonadora, que rechazaba la autoridad de todo testimonio; una fe muy próxima á la incredulidad; y por esta causa el Salvador, despues de resucitado, los reprendió con severidad: *Exprovavit incredulitatem eorum, quia iis, qui viderant eum resurrexisse, non crediderunt.* (Marc., xvi.) Pero las mujeres del Evangelio creyeron de un modo muy diferente. Muchas veces no necesitaban más que ver ú oír una sola vez al Señor para reconocerle por el Hijo de Dios, el Mesías y el Salvador del mundo. Una palabra, una mirada del Señor bastaba para revelarse en su corazón, para atraerlas á sí, para obligarlas á seguirle por todas partes, con sus mismos hijos, sin tomar alimento ni reposar por espacio de muchos días. (Marc., viii.) Las mujeres del Evangelio no se avergonzaron jamas de ser tenidas públicamente por siervas fieles y discípulas afectuosas del Señor, y en el tiempo de la Pasión fueron ellas las únicas que le siguieron, llorando, al Calvario, asistieron á su muerte, y se mostraron fuertes para participar de sus penas y de sus oprobios (1).

Esto consiste en que se conoce mejor y más fácilmente á Dios con el corazón que con el entendimiento, se le conoce mejor amándole que discutiendo acerca de Él; y que cuando se cree amándole, y se le ama creyendo, todo se hace fácil, y se cree el hombre feliz en poder darle todo, aún la misma vida, para confesar á Jesucristo. De este modo creyeron *las mujeres del Evangelio* la palabra divina y amaron la Persona adorable del Salvador del mundo.

Toda su historia se puede compendiar en estas dos palabras: *devocion y fe*; devocion por la que asistieron con sus bienes, cuidaron y sirvieron al Salvador; fe, por la que, confesándole públicamente, confundieron á sus enemigos y multiplicaron el número de sus discípulos y de sus adoradores.

No nos cansaremos de repetirlo: los hechos del Evangelio, lo mismo que los hechos del Antiguo Testamento, al mismo tiempo que son históricamente verdaderos, son también misteriosamente proféticos. Así como la vida de los patriarcas fué la historia anticipada de la vida de Jesucristo, de la misma manera la vida de Je-

(1) Véase, en las homilias sobre las mujeres del Evangelio, la homilia ix, § 2.

sucristo fué la historia anticipada de la vida de su Iglesia. Luego así como Jesucristo, al revelar al mundo, como Hijo de Dios, los más grandes misterios y las leyes más santas y más perfectas, anunció desde entónces que su Iglesia, como institucion divina y como depositaria de la verdad y de la gracia de Dios, conservaria y propagaria en el mundo la fe en sus misterios y la obediencia á sus leyes, de la misma manera Jesucristo, al dejarse alimentar por las mujeres como Hombre, y al servirse de ellas para hacerse confesar y adorar de los hombres, anunció también desde entónces que la Iglesia, como institucion humana, compuesta de hombres, sería alimentada y servida por las mujeres; anunció desde entónces que las mujeres del Evangelio, por lo que hicieron en favor de Jesucristo, serian el modelo y la figura de lo que las mujeres verdaderamente cristianas habian de ser respecto á la Iglesia; es decir, los ministros, los auxiliares de los ministros de la Iglesia, de los apóstoles y de los predicadores de la Iglesia; ayudándoles con su fe y con su devocion en la grande obra de la dispensacion de los misterios de Dios, de la conservacion y de la propagacion de la Iglesia.

Esto fué lo que sucedió en efecto, y lo que sucederá siempre. De modo que toda la historia de la mujer de la Iglesia, lo mismo que la historia de la mujer del Evangelio, se resume también en estas dos palabras: *devocion y fe*. Una rápida ojeada que vamos á echar sobre la historia de la Iglesia bastará para probar la verdad de esta observacion, tan gloriosa para la mujer cristiana como para el Cristianismo, que la anima y la inspira.

§ II.— Los apóstoles ayudados por las mujeres á fundar la Iglesia.— Testimonio de San Pablo en favor de este hecho.— La resurreccion de Tabita por San Pedro.— Grandes bienes hechos por esta mujer á la Iglesia de Joppe.— San Pedro acogido por las mujeres en Roma, y asistido por ellas en su apostolado.— Santa Pudenciana y Santa Práxedes dándole sus casas para hacer en ellas la primera iglesia de Roma.— Su misma mujer animándole para sufrir el martirio.— Otras mujeres que ayudaron á los apóstoles.

San Pablo dice: «No debemos mirar tan sólo lo que nos es permitido, sino lo que es conveniente para la salvacion de los demas. Yo podria hacer que se me diesen ciertas cosas necesarias á la vida, y que se me sirviese como corresponde. Yo podria tener conmigo